

ANNA KARENINA¹

1877

LEÓN TOLSTÓI

(ruso)



Anna Karenina está casada con Alekséi Aleksándrovich Karenin y ambos tienen un hijo llamado Seriozha. Ella vive en Moscú con su amante el conde Vronski, pero teme que su marido no le conceda el divorcio.

Después de visitar a una amiga noble y tener allí un encuentro desagradable con la esposa de un expretendiente, Anna Karenina prosigue su agitado día angustiada, porque ha peleado con el conde Vronski y cree haber descubierto que él no la ama plenamente. Su carácter irritable y veleidoso se agudiza en estas reflexiones interiores sobre su difícil situación: madre, casada y conviviente con su amante. Ella empieza a percibir el repudio social en pequeños gestos y conductas de su entorno.

Anna Karenina ha salido a buscar a su amante, pues quiere confrontarlo, ya que sospecha que puede engañarla. Además, ella quiere castigarlo por el desamor que siente. Esa angustia interior existencial se incrementa con una reflexión profundamente pesimista sobre la condición humana que los paisajes sociales y gentes que halla en su desordenada marcha solo parecen confirmar. Finalmente, en una estación ferroviaria, ella toma una decisión drástica. A continuación, te ofrecemos las secciones 29-31 de la novela.

29

Otra vez en la calesa, Anna se sintió más desgraciada que nunca. Su entrevista con Kiti despertaba dolorosamente en ella el sentimiento de su fracaso sentimental.

—¿La señora vuelve a casa? —preguntó Piotr.

—Sí —repuso ella, sin fijarse demasiado en lo que decía.

Y pensó:

«Me han estado mirando como a un ser extraño, espantoso, incomprensible... ¿De qué estará hablando esa gente? preguntose al ver charlar animadamente a unos transeúntes. ¿Es que se puede comunicar a otro lo que uno siente? ¡Y yo que quería confesarme a Dolli! He tenido razón callándome. En el fondo le habría alegrado mi desgracia, aunque no lo hubiera exteriorizado. Le parecería muy justo verme expiar unos placeres que ella me ha envidiado. Y Kiti se hubiera puesto más contenta aún. Me parece leer en su corazón que me odia, porque me he mostrado con su marido más amable de lo que ella hubiera deseado. Tiene celos de mí, me

1 Tomado de Tolstói (2009).

detesta, me desprecia. A sus ojos soy una perdida. ¡Ah, si yo hubiera sido lo que piensa! ¡Con qué facilidad habría trastornado la cabeza a su marido! La idea me asaltó, eso es cierto... ¡He ahí un hombre encantado de su persona!», se dijo, a la vista de un señor grueso de tez sonrosada, cuyo coche se cruzó con el suyo y que, tomándola por otra, descubrió al saludarla una calva tan reluciente como su sombrero de copa.

«Cree que me conoce, pero ya nadie me conoce. Ni yo misma. Yo solo conozco mis *appetits*², como dicen los franceses. Esos chicos que veo desean ese helado sucio. Eso lo saben ellos a ciencia cierta, pensaba ella viendo a los chicos detener al vendedor de helados, que depositaba en el suelo una heladora y se enjugaba la frente con el pico de un paño. Pero ellos y nosotros estamos ávidos de golosinas, y a falta de bombones se contentan con esos abominables helados, como Kiti, que no habiendo podido casarse con Vronski, me detesta. Todos nos detestamos los unos a los otros. Yo la aborrezco, ella me aborrece. Así va el mundo. “Tiutkin, *coiffeur*. *Je me fais coiffer par* Tiutkin...”³ —leyó en un rótulo que le hizo sonreír. Ya se lo diré cuando venga. Pero en ese mismo instante se dio cuenta de que no tenía a quién contarle algo gracioso. Además, no había nada gracioso. Todo era repugnante. Tocan a vísperas. Pues aquel tendero, ¡con qué aire tan circunspecto hace la señal de la cruz! ¿Tendrá miedo de que algo se le caiga? ¿Para qué esas iglesias, esas campanadas, esas mentiras? Para disimular que nos odiamos los unos a los otros, como esos cocheros que se insultan. Iashvín tiene razón al decir: “Ese quiere mi camisa y yo la suya”».

Absorbida por estas reflexiones, olvidó un momento su dolor y quedó sorprendida al pararse la calesa. La presencia del portero le hizo acordarse de su carta y de su telegrama.

—¿Ha habido alguna respuesta? —preguntó.

—Voy a informarme —dijo el portero, y volvió al momento con un telegrama.

Anna lo abrió y leyó:

No puedo volver antes de las diez. *Vronski*.

—¿Y el mensajero?

—No ha vuelto todavía.

En el alma de Anna se encendió una vaga ansiedad de venganza. Subió la escalera corriendo.

«Puesto que él es así, ya sé lo que me queda por hacer. Iré yo misma a buscarle antes de partir para siempre. Le diré todas las verdades. ¡Jamás he odiado a nadie tanto como a ese hombre!».

Al ver el sombrero de Vronski en la antesala se estremeció de asco. No reflexionó que el telegrama era una respuesta al suyo, y no al mensaje que Vronski no podía haber recibido aún. Se lo imaginaba charlando

² *Appetits*: apetitos. (En el texto original, esta palabra se encuentra en francés).

³ *Tiutkin, coiffeur. Je me fais coiffer par* Tiutkin...: Tiutkin, peluquero. Tiutkin me hace el peinado... (En el texto original, esta sección se encuentra en francés).

alegremente con su madre y la princesa Sorókina, ¡ignorando desde lejos los padecimientos que le infligía!

«Sí, es necesario partir enseguida», se dijo, sin saber bien todavía adónde debía dirigirse. Tenía prisa en huir de los horribles pensamientos que la asaltaban en aquella casa, donde todo -los objetos lo mismo que las personas-, se le hacía odioso, y cuyas paredes se desplomaban encima de ella con su peso abrumador.

«Voy a ir a la estación, y si no le encuentro seguiré hasta el campo y allí le sorprenderé», decidió.

Consultó en el periódico el horario de trenes. Había uno a las ocho y dos minutos.

«Llegaré a tiempo».

Hizo enganchar dos caballos frescos a la calesa y en un maletín de viaje preparó los objetos indispensables para una ausencia de varios días. Resuelta a no volver, maquinaba en su mente mil proyectos confusos. Uno de ellos consistía, después de la escena que provocaría en la estación, o en la casa de la condesa, en continuar su ruta por el ferrocarril de Nizhni Nóvgorod para detenerse en la primera ciudad del trayecto.

La comida estaba servida, pero el solo olor de los alimentos le causaba repugnancia. Ordenó que sacaran la calesa y salió. La casa proyectaba ya su sombra a través de toda la calle, pero aún calentaba el sol. La noche se anunciaba bella y clara. Ánnushka, que le llevaba la maleta, Piotr que la introdujo en el coche; el cochero, que parecía malhumorado: todos la molestaban, la irritaban.

—No tengo necesidad de ti, Piotr.

—¿Y quién le sacará el billete, señora?

—Bueno, si quieres venir, ven, poco importa —respondió ella contrariada.

Piotr saltó al pescante, se acomodó en el asiento y dio orden al cochero de conducir a la señora a la estación de Nizhni Nóvgorod.

30

«¡Otra vez soy yo misma! ¡De nuevo se van aclarando mis ideas!, se dijo Anna cuando montó en el coche, que rodaba por un empedrado de guijas menudas y de nuevo se renovaban una tras otra las impresiones. ¿En qué estaba pensando últimamente? ¿En el *coiffeur* Tiutkin? No... ¡Ah, ya caigo! Era en las reflexiones de Iashvín sobre la lucha por la vida y sobre el odio, único sentimiento que une a los hombres. ¿Adónde vais tan de prisa? No podréis huir de vosotros mismos, y el perro que lleváis tampoco os podrá ayudar», pensó, interpelando mentalmente a un alegre grupo que ocupaba un coche de cuatro caballos y que, evidentemente, iba a pasar el día en el campo.

Siguiendo la mirada de Piort, que se había vuelto sobre el asiento, vio un obrero borracho conducido por un agente de la autoridad.

«Este ha sabido hacerlo mejor que nosotros. También el conde Vronski y yo hemos buscado el placer, pero el placer no es la felicidad a que aspirábamos».

Por primera vez, Anna había enfocado sus relaciones con Vronski desde un punto de vista crudo y real, que le hacía entrever el fondo de todas las cosas.

«¿Qué ha buscado en mí? La satisfacción de la vanidad más que la del amor».

Y las palabras del conde, la expresión de perro sumiso que adquiría su rostro en los primeros tiempos de sus relaciones, acudían a su memoria para confirmar aquel pensamiento. Y todo parecía confirmarlo.

«Sí. Todo indicaba en él un orgullo de triunfo. Ciertamente que me amaba, pero ante todo estaba orgulloso de haberme conquistado. Ahora todo ha pasado. No hay nada de qué vanagloriarse, pero sí de qué avergonzarse. Y ahora que ha obtenido de mí todo lo que podía, no me necesita. Le soy un estorbo y procura no mostrarse desatento conmigo. Ayer se le escapó la confesión de que quiere el divorcio y casarse conmigo para quemar las naves. Me quiere, pero, ¿cómo? *The zest is gone*⁴... Este quiere asombrar a todos y está muy pagado de sí mismo —pensó mirando a un orondo empleado de comercio que montaba un caballo de carreras—. No, yo no le gusto como antes. En el fondo de su corazón, se alegrará mucho al verse libre de mi presencia».

Aquello no era una suposición gratuita, sino una verdad cuya viva luz —que le descubría los secretos de la vida y de las relaciones humanas— le ponía al descubierto la cruda realidad.

«Mientras mi amor se hace cada día más egoísta y apasionado, el suyo se va apagando poco a poco. Por esta razón no nos entendemos. Y no existe ningún remedio para esta situación. Él lo es todo para mí, quiero que se entregue a mí totalmente, pero no hace más que rehuirme. Hasta el momento de nuestra unión íbamos uno hacia el otro. Ahora caminamos en sentido inverso. Él me acusa de ser ridículamente celosa. Yo me he hecho también este reproche, pero sin ninguna razón. La verdad es que mi amor ya no se siente satisfecho. Pero...».

Aquel descubrimiento la turbó de tal manera que cambió de lugar en la calesa, moviendo involuntariamente los labios como si fuera a hablar.

«Si pudiera ser otra cosa que una amante apasionada de sus caricias; pero yo no quiero ni puedo ser otra. Con este deseo despierto en él repugnancia, y él me causa ira, y no puede ser de otra manera. Él no me engaña, estoy segura. Él no piensa hoy en la princesa Sorókina más

4 *The zest is gone*: el entusiasmo ha desaparecido. (En el texto original, esta sección se encuentra en inglés).

que antes en Kiti. Todo esto lo sé, pero no me satisface. Si él ha dejado de amarme, si no se muestra bueno y cariñoso más que por obligación, esto será un infierno. Prefiero que me odie. Y es a eso a lo que hemos llegado. Hace mucho tiempo que no me ama, y allí donde acaba el amor empieza el odio. No conozco en absoluto estas calles. Calles empinadas, que no se les ve el fin, y casas, siempre casas, habitadas por personas que se odian recíprocamente... Vamos a ver: ¿qué podría sucederme que pudiera darme la felicidad? Supongamos que Alexiái Alexándrovich consiente en el divorcio, que me devuelve a Seriozha, que me caso con Vronski...».

Al evocar a Karenin, Anna le vio surgir ante ella con su mirada apagada, sus manos blancas cruzadas de venas azules, sus dedos que crujían, su tono de voz tan particular, y el recuerdo de sus relaciones, en las que en otro tiempo existió ternura y comprensión, la hizo estremecerse de horror.

«Admitamos que me case: ¿es que por eso me va a mirar Kiti con menos condescendencia? ¿No se preguntará Seriozha por qué tengo dos maridos? ¿Podrán establecerse entre Vronski y yo relaciones que no me pongan a prueba de torturas? No —se respondió ella, sin vacilar—. La escisión entre nosotros es demasiado profunda. Yo soy la causante de su desgracia, él lo es de la mía, no cambiaremos jamás. Se ha intentado todo: el mecanismo se ha estropeado... ¿Y esa mendiga, que se imagina inspirar compasión porque lleva una criatura? ¿No nos han traído a este mundo para aborrecernos y atormentarnos los unos a los otros? ¿Y esos colegiales que se divierten? ¡Mi pequeño Seriozha! También a él he creído amarle, mi afecto por él me enternece a mí misma. Y, sin embargo, me he acostumbrado a vivir sin él, he cambiado el amor que le tenía por otra pasión, y mientras esta se ha visto satisfecha, no se me ha ocurrido quejarme del cambio...».

Lo que llamaba «otra pasión» se le apareció bajo los más horribles colores, pero ella gozaba con el amargo placer de repasar sus propios sentimientos y compararlos con los del prójimo.

«Todos nos encontramos en el mismo caso, aunque con problemas diferentes: yo, Piotr, el cochero Fiódorov y ese vendedor que pasa y toda la gente que habita las fértiles orillas del Volga, las cuales nos invitan a visitar esos carteles», se dijo en el momento en que el coche paraba ante la fachada de la estación de Nizhni Nóvgorod. Un enjambre de maleteros se precipitó a su encuentro.

—Es a Obirálovka para donde debo sacar el billete, ¿verdad, señora?

Le costó trabajo comprender esta pregunta. Sus pensamientos estaban demasiado lejos y había olvidado lo que había venido a hacer a aquel lugar.

—Sí —contestó al fin, alargándole el portamonedas.

Y bajó del coche con el maletín rojo en la mano.

Mientras se abría paso entre la multitud para ganar la sala de

espera, le volvieron a la memoria los detalles de su situación, así como las alternativas que esta le presentaba. De nuevo fluctuaba entre la esperanza y el desánimo, de nuevo se abrieron sus llagas y le empezó a latir el corazón. Sentada en un inmenso canapé mientras aguardaba la llegada del tren, lanzaba miradas de aversión a los que iban y venían, pues todos le parecían odiosos. Tan pronto se imaginaba el momento de llegar a Obirálovka, la nota que escribiría a Vronski, lo que le diría al entrar al salón de la anciana condesa, las quejas que formularía él por las amarguras de la vida sin querer comprender los sufrimientos de ella, como pensaba que podría conocer aún días felices. ¡Qué duro tener que amar y aborrecer al mismo tiempo! Sobre todo, ¡cómo le latía el corazón, que parecía querer saltar en pedazos!

31

Sonó un toque de campana. Algunos jóvenes presumidos, groseros, pero con ganas de causar impresión, se adelantaron a los andenes. Piotr, enfundado en su libreta y sus botas, atravesó la salida con aire estúpido y se puso al lado de Anna dispuesto a escoltarla hasta el vagón. Los hombres que charlaban a la entrada callaron al verla pasar, y uno de ellos murmuró al oído de su vecino unas palabras, sin duda alguna atrevida.

Anna escaló el estribo y se acomodó en un compartimiento vacío. El maletín, al colocarlo a su lado, rebotó sobre el asiento de muelles, cuyo forro deshilachado debió haber sido blanco algún día. Con su idiota sonrisa, Piotr levantó su sombrero galoneado a guisa de despedida. Un empleado mal encarado cerró la puerta violentamente. Una señora deforme, ridículamente ataviada, a quien Anna desnudó mentalmente para tener el placer de asustarse con su fealdad, corría a lo largo del andén seguida de una niña que reía con afectación.

—¡Katerina Andrievna lo tiene todo, *ma tante*!⁵—gritó la pequeña.

«Esta niña ya es amanerada y presumida», se dijo Anna, y para no ver a nadie fue a sentarse al otro extremo del asiento. Un hombrecillo sucio y feo, tocado con un gorro bajo el cual asomaban sus desgredados cabellos, andaba paralelamente a la vía, inclinándose sin cesar sobre las ruedas.

«Esta vil figura no me es desconocida», se dijo Anna. De pronto se acordó de su pesadilla, y estremeciéndose de espanto, retrocedió hasta la otra puerta, que el revisor abría para dejar subir a un caballero y una dama.

—¿Quiere usted bajar? —le preguntó aquel hombre.

Anna no respondió, y nadie pudo observar bajo su velo el terror que la tenía helada. Volvió al rincón de antes. La pareja ocupó el lado opuesto del compartimento y se puso a examinar con discreta curiosidad los detalles de su vestido. Aquellos dos seres le inspiraron también una repulsión profunda.

5 *Ma tante*: mi tía. (En el texto original, esta frase se encuentra en francés).

Deseando entablar conversación, el marido le pidió permiso para encender un cigarrillo. Habiéndolo obtenido, empezó a hablar con su mujer en francés de cosas intrascendentes. En realidad, no tenía más ganas de hablar que de fumar, pero quería atraer la atención de su vecina a toda costa. Anna vio claramente que estaban hartos el uno del otro, que se detestaban cordialmente. ¿Podían, acaso, vivir sin odiarse dos tipos semejantes?

El ruido, el transporte de equipajes, los gritos, las risas que siguieron a la segunda campanada, incomodaron a Anna de tal modo que le entraron deseos de taparse los oídos. ¿Qué motivos había para aquellas risas? Por fin, sonó la tercera campanada, luego el toque de silbato del jefe de estación, al que respondió el de la locomotora, arrancó el tren y el caballero hizo la señal de la cruz.

«Tengo curiosidad por saber qué significación atribuye a ese gesto», se preguntó Anna, dirigiéndole una mirada malévola, que trasladó, sobre la cabeza de la señora, a las personas que habían acudido a acompañar a los viajeros y que ahora parecían retroceder en el andén. El vagón avanzaba lentamente traqueteando a intervalos regulares al pasar sobre las juntas de los rieles. Dejó atrás el andén, una pared, un disco, una hilera de vagones de otro convoy... Se aceleró el movimiento. Los rayos del sol poniente tiñeron de púrpura la portezuela. Una brisa juguetona agitó las cortinas. Mecida por la marcha del tren, Anna olvidó a los compañeros de viaje, respiró el aire fresco y reanudó el curso de sus reflexiones.

«¿En qué estaba pensando? En que mi vida, como quiera que me la represente, no puede ser más que dolor. Todos estamos llamados a sufrir, lo sabemos y queremos disimularlo de una manera o de otra. Pero cuando vemos la verdad, ¿qué hacer?».

—La razón se ha dado al hombre para librarse del tedio —dijo la señora en francés, muy orgullosa de haber encontrado esa frase.

Sus palabras parecieron hallar eco en el pensamiento de Anna.

«¡Librarse del tedio!» —repitió esta, mentalmente. Una ojeada lanzada sobre aquel caballero, subido de color, y su cara y escuálida mitad, le hizo comprender que esta debía considerarse como una criatura incomprendida: su marido, que sin duda la engañaba, no se tomaba la molestia de combatir aquella opinión. Anna creía adivinar todos los detalles de su historia, penetraba hasta los lugares más recónditos de sus corazones, pero aquello carecía de interés y se puso otra vez a reflexionar.

«Pues sí, yo también estoy sufriendo gravemente del tedio, y puesto que lo exige la razón, mi deber es librarme de él. ¿Por qué no apagar la luz cuando no hay nada que ver, cuando el espectáculo resulta odioso...? Pero ese empleado, ¿por qué corre por el estribo? ¿Qué necesidad tienen esos jóvenes del compartimiento vecino, de gritar y de reír? ¡Si todos son males e injusticias, mentira y fraude...!».

Al descender del tren, Anna, evitando el contacto de los otros viajeros como si fuesen apestados, quedose rezagada en el andén para preguntarse qué debía hacer. Todo le parecía ahora de una ejecución difícil. En medio de aquella ruidosa muchedumbre, coordinaba mal sus ideas. Los maleteros le ofrecían sus servicios, los jóvenes mequetrefes la atravesaban con sus miradas, hablando en voz alta y haciendo sonar sus tacones.

Recordando de pronto su propósito de continuar la ruta si no encontraba respuesta en la estación, preguntó a un empleado si no había visto, por casualidad, algún cochero que llevase una carta al conde Vronski.

—¿Vronski? Hace poco han venido de su casa a recoger a la princesa Sorókina y su hija. ¿Qué aspecto tiene ese cochero?

En aquel momento vio Anna adelantarse a su mensajero, el cochero Mijaíl: colorado, alegre, con su hermoso uniforme azul atravesado por una cadena de reloj, parecía orgulloso de la misión que había cumplido. Entregó a su señora un sobre que esta abrió, con el corazón angustiado.

Vronski escribía con mano negligente:

Lo siento mucho, pero su nota no me encontró en Moscú. Volveré a las diez.

—Lo que me esperaba —comentó ella, con sonrisa sardónica. Con voz apenas perceptible, porque las palpitaciones de su corazón no la dejaban respirar, se dirigió a Mijaíl:

—Gracias, ya puedes volver.

Sumida de nuevo en sus pensamientos, prosiguió:

«¡No, ya no te permitiré que me hagas sufrir así!».

Esta amenaza no se la dirigía a sí misma, sino al causante de su tortura.

Se puso a pasear a lo largo del andén. Dos mujeres que también deambulaban para matar el tiempo se volvieron para examinar su atuendo.

—Son de verdad —dijo una de ellas en voz alta, indicando los encajes de Anna.

Los jóvenes lechuguinos la divisaron de nuevo, y con voz afectada cambiaron ruidosas impresiones. El jefe de estación le preguntó si subía otra vez al tren. Un muchacho vendedor ambulante de *kvas* no apartaba los ojos de ella.

«¿Dónde huir, Dios mío?», se decía sin dejar de andar.

Casi al final del andén, unas señoras y unos niños charlaban riendo con un señor de gafas que habían venido a recibir. Al aproximarse Anna, el grupo se calló para contemplarla. Apresuró el paso y se detuvo junto a la escalera que de la bomba descendía a los rieles. Se acercaba un tren de mercancías que hacía retemblar el andén. Se creyó de nuevo dentro de un tren en marcha.

De pronto se acordó del hombre aplastado el mismo día de su encuentro con Vronski, y comprendió lo que tenía que hacer. Con paso ligero y resuelto, descendió los escalones y colocándose cerca de la vía, escrutó la estructura

baja del tren que pasaba casi rozándola, procurando medir a simple vista la distancia que separaba las ruedas de delante de las de atrás.

—Ahí —musitó, clavando los ojos en aquel hueco oscuro donde sobresalían los travesaños llenos de arena y polvo—. Ahí en medio, sí, es donde él será castigado y yo me libraré de mí misma y de todos.

El maletín rojo, del que le costó trabajo desprenderse, la hizo perder el momento de arrojarlo bajo el primer vagón. Forzoso le fue esperar al segundo. Se apoderó de ella una sensación análoga a la que experimentaba en otro tiempo, antes de hacer una inmersión en el río, e hizo la señal de la cruz. Este gesto familiar despertó en su alma multitud de recuerdos de la infancia y de la juventud. Los minutos más felices de su vida centellearon un instante a través de las tinieblas que la envolvían. Pero no quitaba los ojos del vagón, y cuando apareció el espacio entre las dos ruedas, arrojó el maletín, hundió la cabeza en los hombros y adelantando las manos se echó de rodillas bajo el vagón, como si se dispusiera a levantarse otra vez. Tuvo tiempo de sentir miedo.

«¿Dónde estoy? ¿Qué hago? ¿Por qué?», musitó, haciendo un esfuerzo para echarse hacia atrás.

Pero una masa enorme, inflexible, la golpeó en la cabeza y la arrastró por la espalda.

«¡Señor, perdonadme!», balbució ella.

Un hombrecillo con barba murmuraba algo ininteligible, a la vez que daba golpes en el hierro por encima de ella. Y la luz que para la infortunada había iluminado el libro de la vida, con sus tormentos, sus traiciones y sus dolores, brilló de pronto con esplendor más vivo, iluminó las páginas relegadas hasta ahora en la sombra, crepitó, vaciló y se extinguió para siempre.



ANNA KARENINA

A partir de la lectura de los capítulos de la novela de León Tolstói, responde:

1. ¿Qué concepción de la vida y de la sociedad crees que tiene Anna Karenina? ¿Coincides con ella?, ¿por qué?

2. ¿Cómo podrías definir la actitud de Anna? ¿Te parece que su actitud refleja la situación que vive? Luego de responder, conversa con tus compañeras y compañeros.
